

DEL AMOR Y DEL OLVIDO EN LA POESÍA DE JOSÉ LUIS TEJADA

Manuel Ángel Vázquez Medel
Catedrático de Literatura Española
Universidad de Sevilla

A Maruja Romero, compañera de José Luis Tejada también en el amor a la poesía, y a Leopoldo de Luis, privilegiado lector de Tejada, a quienes tanto deben estas páginas.

Antes de iniciar nuestro recorrido a través de la poesía amorosa de José Luis Tejada, deseo dejar constancia de mi agradecimiento al Ayuntamiento de El Puerto de Santa María por haber contado conmigo en esta ocasión, junto a dos compañeros como Luis García Jambrina y Jaime Siles. Y mi satisfacción por volver una vez más al Puerto, que me evoca tantas experiencias compartidas en torno a Alberti y a la Fundación Luis Goytisolo, amén de esa evocación en lejanía, de la formación del poeta al que he dedicado mayor volumen de mi obra crítica, Juan Ramón Jiménez, colegial de San Luis Gonzaga y triple paisano, por tierra, mar y cielo, de Rafael Alberti. Quede aquí constancia de gratitud y amistad para Javier Maldonado y, muy especialmente, para Maruja Romero, que ha sabido mantener en alto la antorcha viva de la palabra de José Luis Tejada, y que con tanta solicitud y generosidad me ha proporcionado algunas publicaciones esenciales para realizar este periplo.

A modo de introducción.

Cuando he contrastado mi peripecia biográfica –permítanme ahora esta breve alusión personal- con la de José Luis Tejada me ha dado la impresión de contemplar un mapa en el que las líneas se cruzan casi en fuga: cuando él abandona la Universidad de Sevilla –en la que dejó una profunda y cordial huella- yo debería (si otras circunstancias, que no vienen al caso, no lo hubieran impedido hasta dos años después) haber comenzado mis estudios universitarios.

Luego, en 1973, cuando se doctora en la Universidad de Sevilla con su Tesis sobre Alberti, yo fui uno de los jóvenes –aún no había cumplido los 18 años- que seguí con interés una lectura en la que alguien se atrevía, en los últimos estertores del franquismo, a ofrecer un espléndido estudio de uno de los poetas prohibidos. Como testimonio de esta conexión vital e ideológica, yo mismo participaría en los actos del cincuentenario de la Generación del 27 en el Ateneo de Sevilla con una conferencia sobre la “Teoría poética del Alberti del destierro y la espera”, y publicaría en marzo de 1978 un artículo en *Tierras del Sur* titulado, sintomáticamente, “Rafael Alberti, un poeta necesario”. Y creo que también fue José Luis Tejada un

poeta necesario: lo fue en su entorno con su capacidad creativa, con su participación en proyectos comunes como la revista *Platero* y sobre todo con su magisterio.

Luego, cuando José Luis Tejada toma posesión –tras haber ganado su plaza como adjunto en concurso nacional cinco años antes- en la Universidad de Cádiz (1980), yo inicio mi andadura como profesor en la Facultad de Filología, que había sido la suya años antes, en la Universidad de Sevilla.

Y podría parecer que estas “líneas en fuga” nunca iban a encontrarse. Pero no fue así. Por fin, en unas Jornadas de Estudio en torno a Vicente Aleixandre, organizadas por el Area de Cultura del Ayuntamiento de Jerez, participé en una Mesa Redonda con Antonio Gallego Morell, Manuel Ramos Ortega y José Luis Tejada. Una entrañable foto, en la que también aparecen Jesús Fernández Palacios y Francisco Bejarano lo testimonia. Fue un 14 de marzo de 1985, el año de *Poemía*. A partir de entonces, la obra crítica y la obra poética de José Luis Tejada reclamaron mi atención. Y en muchas cosas me reconocí en la peripecia de José Luis: en su amor profundo a la poesía; en la fascinación compartida por la obra de Rafael Alberti –a quien tuve ocasión de conocer y tratar desde 1977, pero especialmente a partir de 1981, año del Centenario de Juan Ramón, y de nuestro encuentro en Puerto Rico; en la cruel rivalidad entre nuestra dedicación universitaria y nuestra vocación poética; y en muchos aspectos de una cosmovisión compartida, una visión del mundo y de la realidad en la que el amor (en su presencia, pero también en su ausencia) ocupa no sólo el centro, sino todo el radio vital.

Por ello –y ya comienzo entrando en materia- la poesía toda de José Luis Tejada es poesía de amor y poesía de amores. De amor –antes que nada y por encima de todo- **a la vida** (y por ello, también, poesía abocada a abordar esos enveses de la vida que son la presencia de la muerte y del fin de todas las cosas, al tiempo que nos ofrece esa apertura a la transcendencia que da un toque personalísimo a su palabra poética; amor concreto, tangible, material, corporeizado, a su compañera y a sus hijos; amor a la palabra, a la poesía, al ritmo y la música del verso; amor a su patria y a su patria, a España y a Andalucía, como impulsor precoz de una política y una poética de reconciliación, que decía mucho de su generosidad y de su anhelo de vida compartida; amor a los amigos, a las pequeñas cosas que tejen nuestras vidas, a la copla flamenca –que entendió y dilató como pocos... Toda su poesía y su poética derivan de ese núcleo amoroso que rezuma cada uno de sus poemas, desde el gozo y el canto de lo logrado, desde el dolor por lo que inevitablemente perdemos; desde el anhelo por aquello que deseamos.

Como estoy convencido de que la tarea de la mediación crítica consiste en una invitación a la lectura o a veces –como decía Dámaso

Alonso- en retirar la pátina o la herrumbre que el tiempo y la distancia puede haber dejado en el hierro de la palabra, para que podamos atraerlo, como un imán, con esa fuerza magnética que despliega todo acto de lectura, procuraré ir hilvanando, con mis comentarios, la lectura de los textos de José Luis Tejada.

Los fundamentos de la lírica amorosa de Tejada: Para andar conmigo.

Es cierto que hay otros temas en la poesía plural, disidente, intuitiva, a la vez prematura (en su escritura) y tardía (en su publicación) de José Luis Tejada. Pero en él el amor no es sólo un tema; no se limita sólo al contenido poemático, sino que cruza, como **un tono**, todo el espacio de su palabra creadora. Esta es la raíz misma de su poetizar: amor que es también generosidad, incluso -¿y por qué no?- derroche, desbordamiento y exceso.

La presencia del amor es ya un hecho en la primera entrega poética de Tejada, ese libro peculiar que es *Para andar conmigo* (1962), que lleva como subtítulo *Homenaje a Lope de Vega, 1562-1962*. En efecto, tras los poemas “Justificación” y “Vida” encontramos, como primera pieza de las “Rimas apócrifas” el soneto “Esto es amor: Quien lo probó lo sabe”:

Esto es amor, lo noto por la aroma.
Me da en el centro, túmbame y me eleva
y en andas de su vuelo tráeme y lleva
y en gustos de su azar me deja y toma.

Bien me sé yo el sabor, la añeja poma
retoñada a un milagro de la gleba.
Pero qué vieja ya, pero qué nueva
al ventanal la faz que la alma asoma.

Si esto no fuera amor, no me tendría,
tan viejo ya, tan niño todavía,
naciendo y me muriendo de este modo.

Que él y nada más que él ignora y sabe
y cabe la alma en él y en la alma cabe,
virgen amor después y antes de todo.

Recordemos que, en una declaración previa, “Intención”, se nos recordaba que “casi todos estos poemas, cuya sujeción a los temas y metros tradicionales el autor juzga hoy excesivas, fueron escritos entre 1945 y 1955”. Es decir: entre los dieciocho y los veintiocho años. Son poemas, pues, de juventud, sometidos libre y voluntariamente a la férula de Lope de

Vega –“Se sabe ya que la facilidad y la mimesis son malas novias del que escribe”, se nos advierte también.

Nuestro poeta irrumpe contra las corrientes dominantes de su tiempo, y rechaza cierta poesía social:

Hoy que tan turbias van las aguas, padre,
del verso como aquellas de la vida,
tanto que se denuncia como crimen el cántico,
como cruel la belleza,
como pecado grave la armonía (...)

Ahora y aquí se condena el verso
y se persigue la sonrisa,
donde y cuando no vale más que el grito,
el cartel, el eslogan, la consigna,
y tanta voz mentida está y comprada
aunque se llame voz comprometida,
alguien se acuerda de tu antiguo nombre (...)

Son versos de la “Evocación final” a Lope de Vega de *Para andar conmigo*.

Al mismo tiempo, en “Receta para rellenar sonetos”, irónica parodia de “Un soneto me manda hacer violante”, apreciamos un ataque a la poesía formal y vacía de los “garcilasistas”:

En el primer cuarteto del soneto
nombrarás a la cosa titulada.
Luego tres adjetivos, luego nada...
y está relleno ya el primer cuarteto.

Después te harás preguntas, indiscreto,
o le apostrofarás con lengua airada
y tendrás hecha ya media jornada
sin haber hecho nada por completo.

¿Ves que sencillo? El tema es lo de menos.
Lo importante es que estén los versos llenos
de vocablos sonoros y exquisitos.

Los antiguos, los pobres, ignoraban
esta fórmula simple y procuraban
volcar, ingenuos, su alma en sus escritos.

“Volcar su alma en sus escritos”: este parece ser el propósito del poeta que, curiosamente, desarrolla sensibilidad crítica y social para oponerse al panfletarismo de cierta poesía social, que utiliza metros clásicos y domina con maestría la forma para oponerse a los formalismos hueros. Y es preciso reconocer que si en alguno de sus poemas se malogra la intención comunicativa de Tejada es siempre por exceso y nunca por defecto: exceso –en todo caso- de maestría métrica, rítmica y retórica, por un lado, de sinceridad y transparencia comunicativa por otro. Pero por la misma razón, cuando acierta en la diana creativa nos ofrece algunos de los poemas más memorables de su generación.

Como muy acertadamente ha dicho Leopoldo de Luis “*Para andar conmigo* es, contra lo que quienes mal leen dijeron o pensaron, un libro personal, un libro que expresa a un poeta auténtico y de sentimientos propios (...) Lope es aquí el personaje de Tejada: Lope, vestido de sí mismo, con alma de tejada en cada verso” (en *Poemía*, p. 15).

Pues bien: en el alma de Tejada –más allá de los deliberados acentos arcaizantes- el lugar para el amor es esencial y, desde esta primera entrega, apreciamos algunos de los rasgos de su poesía amorosa que, aunque inspirados en ciertas convenciones, van más allá del modelo y de los cauces elegidos:

- En primer lugar, la dimensión sensual de la experiencia amorosa: el amor se palpa, se huele (“esto es amor, lo noto por la aroma”), se gusta (“bien me sé yo el sabor”);
- El amor es una experiencia central, nuclear de la existencia (“me da en el centro”);
- De inmediato, su carácter paradójico, contradictorio (“túmbame y me eleva”, “tráeme y lleva”, “me deja y toma”);
- Asistimos a una mezcla de *eros* y *thanatos*, del amor, de la vida y de la muerte (“naciendo y me muriendo de este modo”);
- Finalmente, el carácter abarcador, totalizante, casi panteísta, de la experiencia amorosa (“y cabe la alma en él y en la alma cabe,/ virgen amor después y antes de todo”).

Son muchos otros los poemas de *Para andar conmigo*, [cuyo título podría leerse -al contrario de lo que muchos hicieron- como una llamada al caminar conjunto y solidario] que abordan la experiencia amorosa: los celos, en “Descubre, por los celos de Marfisa, su amor”; la soledad radical y el vacío que causa la ausencia de la persona amada, en “Increpa a la amada ausente y pondera su propio desvalimiento”, que concluye, tras sentirse “desparejado pájaro sin hembra” con los versos “Saliente sin entrante, erial sin siembra,/ hombre sin Dios, piara sin remonta./ Pena sin cara y llanto sin pupila”. No falta siquiera esa clave del registro irónico,

humorístico que manejaba Tejada con soltura. Vale la pena que recordemos el soneto “De tres prendas secretas de la amada”:

Tres cosas tiene que decir no debo,
Lucinda, en mi soneto, tu hermosura.
Dos hay que blandas son; otra que dura
para que dure mi ansiedad de nuevo.

No pienses mal, amor, que no me atrevo
a desvelar tu casta vestidura.
Dos en el pecho, sobre tu cintura,
la otra, fuente de dichas donde bebo.

Las dos prendas del pecho... -¿si las digo?-,
tu caridad, tu voluntad conmigo
y tu perdón con mi arrepentimiento.

La tercera, la impar, la abierta guinda
de tu boca de miel... ¿Lo ves, Lucinda,
como pensabas mal sin fundamento?

Más allá de estas claves, es indudable que para Tejada el amor es una experiencia nuclear, que sustenta y da sentido a la existencia, y que exige la total entrega de los enamorados; así, en “Pasión asunta” nos dirá: “A saco entraste por mi azar y ahora/ soy tan cosa de ti, me has hecho tanto/ que ni es decente que te llame mía”. Y es que, en efecto, frente al sentido de propiedad, nuestro poeta defenderá siempre la mutua y libre entrega amorosa.

Para cerrar esta reflexión sobre el amor en la primera entrega poética de José Luis Tejada, que por ello tiene un cierto valor programático y es embrión de desarrollos posteriores que modularán y completarán una compleja y rica lírica amorosa, leamos el soneto “Fruta”, “un prodigio de forma barroca sugiriendo pasión y contagiando fiebre entre lo lúdico y la libido”, como dijera Leopoldo de Luis:

Qué sabes tú las llamas que tú llamas
ni a cuáles precipicios precipita
tu volumen frutal, tu olor de cita,
tu sangre en forestal rumor de ramas.

Tú vas y no te ves, te me derramas
y no te mojas tú, sólo en mi cuita,

un verdor de delfines me visita
y se deja en tus peñas sus escamas.

Risueñamente tú, como si nada,
me retienes el látigo moreno
de mi mano en la nata de las tuyas.

No la sueltes que está, desorbitada,
amagando en el lampo de tu seno
un trallazo de garfios y de puyas.

La paronomasia, el poliptoton, las aliteraciones, las metáforas dan a este soneto, lleno de sensualidad y atrevimiento, un toque muy personal en esa imaginería de amor en la que el fuego, la llama, es el elemento dominante, y el deseo de tocar, el tacto, se impone junto con la experiencia –de nuevo- del olor.

Hemos de añadir que, con todo, para Tejada, el amor verdadero, el más auténtico, tiene raíces divinas: “y sólo ha dicho “amor” tu lengua pura”, es el verso que cierra el soneto de diálogo con Jesús “Tres veces fuerte”.

Sentadas las bases de la dimensión amorosa de la poesía de Tejada en su primera entrega, es tiempo de que avancemos para descubrir otras inflexiones, perfiles y acentos que la van enriqueciendo hasta su última entrega en vida, sintomáticamente titulada *Aprendiz de amante*.

El cambio de tono en Razón de ser.

Frente a esta experiencia gozosa, lúdica e incipientemente erótica del primer poemario, y tras la publicación de la plaquette *Hoy por hoy* (1966, en la que encontramos de nuevo el amor como cifra y clave de la existencia: “Y frente a tanto hierro de frontera,/ gangas de más y abusos de cocina,/ frente a las llaves de las arcas todas/ sólo la palanqueta, la ganzúa/ derecha del amor -nadie se engañe-./ puede aún salvarnos) bastaría la cita de los primeros versos de *Razón de ser* (1967, finalista del premio Leopoldo Panero de 1965) para darnos cuenta de que el tono ha cambiado:

No hay solución. Ni a solas ni con nadie.
Somos cosa perdida.
Los besos dan más sed; lo he comprobado.
Amor va contra amor.

“Amor va contra amor”. Parece que un profundo desencanto, que una dolida desolación, que una decepción profunda se ha adueñado del

poeta, que proclama de indignancia común y la quiebra social:

Será mejor estarse quedo en casa,
cerrar labios y ojos, puertas, manos
y sólo abrir el chorro
salobre y esporádico del llanto.
No quejarse siquiera a media voz.

La raíz de esta desolación se encuentra –como en la raíz de la misma palabra- en la soledad, en un poeta para el que el sentido de lo comunitario, de la vida compartida, es esencial. Por ello ahora se queja:

¿Quién no está solo?
¿Qué raro ente dichoso no apremia compañía?
¿Quién no rebosa pura unicidad?

Yo estoy, tú estás solo, él no está todo.
Todos estamos islas imposibles
girando en el vacío. Sólo ecos
del propio llanto oímos. Cráneo el mundo
donde retumba nuestra propia voz.

Pero no es Tejada poeta conformista, ni su vitalismo admite estos abismos de la vaciedad y de la nada, aunque en “Demanda” nos diga: “Sobre un fracaso escribo”. La búsqueda de un sentido para la vida, de una *Razón de ser*, es la que guía el libro. Y esa razón, como podemos intuir, sólo se encuentra en el amor: “Amor es la razón” se titula, en efecto, el primer soneto de la sección “Ser con razones”, en el que se esboza una hermosa poética de alteridad, de otredad, de dación y entrega:

No hay más razón que amor, ni más salida
por la tangente: todas interiores.
Dios habló de tinieblas exteriores
y el trueque –yo por ti- mueve la vida.

Hay que rasgar la cápsula encogida
que nos define y da fin. Mayores
cuanto más damos somos y mejores.
Quien se niega a la entrega se suicida.

Estás en los demás aunque no quieras
y los demás en ti y aun Dios con todos
trascendiendo tu nada con su abismo.

Cuando te das se funden las fronteras
y recibes muy más de todos modos.
Pues todos son a darte y aun tú mismo.

El poema, que sin duda entiende el amor como entrega, está antecedido por dos citas de San Juan: “Si alguno dice: yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso”, y “El que no ama permanece en la muerte”.

El poeta busca “Consolaciones”, y la primera de ellas es la “Consolación por la carne”:

Amar es más difícil que parece;
ser amado, imposible. Ya es bastante
que alguna vez se nos tolere un poco,
se sufra nuestro aliento,
se nos oiga en silencio pedir o renegar.

Sin embargo, ya que resulta casi imposible “ese nombrado amor que apenas nadie/ poseyó ni vio nunca”, la voz poética invita a la amada a la aventura “de darnos y gozarnos cuerpo a cuerpo”. Nada de idealismos: la corporeidad, la sensualidad es desbordante desde la pura materialidad de dos cuerpos que se entregan:

Oh, sí, la carne mutua es verdadera,
consiste, suda, pesa y se estremece,
no es cierto que sea triste ni que amargue los ánimos
ni queda otro regusto tras del beso
sino el reempezar.

Habrá que ponderar la valentía expresiva de Tejada en la España del nacionalcatolicismo –aunque ya algo más aperturista- de 1965. En efecto, no es frecuente asistir en su tiempo poético a expresiones tan claras de defensa del amor carnal aunque -como veremos- siempre abiertas a otra realidad que puede llegar y lo trasciende, como trascienden el fruto y la cosecha la semilla:

No esperes a que venga qué amor a sostenernos
con su maná tan raro como efímero,
tal como nadie espera a la cosecha
para entonces sembrar.
Enterremos en huertos de presente
estas verdes adelfas que se irán expandiendo
cada una a su hora. No nos hablen de amor.
Ya vendrá si es de ley...

Por ello se invita al goce, a la posesión (“yo esgrimo el vellocino sagrado de tu sexo”), a la unidad que supera cada uno de los cuerpos en fusión, como muro que se eleva ante la muerte:

Anda, encaja en tus pechos mi corazón antiguo,
vamos, que aún sobra espacio entre nosotros,
acóplame a tus vanos como un viento calino
y agáchate, que va a pasar la muerte;
no nos llegue a rozar.

Como muy acertadamente ha indicado Leopoldo de Luis, “Consolación por la carne” es pieza príncipe de la poesía amorosa. La pareja humana abrazada, frente a la eternidad, frente al misterio, por encima del odio y guareciéndose de la muerte. Es una constatación de la realidad y, como digo, una superación de la angustia. Por eso me parece antikierkegaardiana y antiplatónica, superando también los prejuicios religiosos frente al sexo” (en *Poemía*, p. 21).

Aunque en nuestro recorrido nos centramos en la poesía estrictamente amorosa, ya hemos visto que, en Tejada, no es comprensible en sí misma y por sí misma, sino que adquiere su sentido en relación con otras constantes de su poética, como la apertura a la trascendencia. Y es justo mencionar aquí -porque constituye una de las fuentes de sentido y una de las posibles consolaciones de la existencia- la importancia de la amistad:

Que tiene ella, aun siendo ella,
como el amor, su cortedad,
como el amor, sus nubecillas;
celos también como el amar,
pero que brinda ciento y raya
a la pasión sentimental
porque es más pura y más serena
y es generosa mucho más.

Y cuando nos aproximamos al final del libro comprendemos muchas de las claves del dolor y la amargura que lo cruzan, de esta búsqueda de sentido, de una *Razón de ser*, ante la terrible experiencia de la muerte del primer hijo, que da lugar a algunos de los más conmovedores versos del libro, en el poema “Hijo de la muerte”:

Aún eras una gota de promesas sin número,
un bulbo de esperanza sin vello y sin hechuras
y antes ya se te amaba, se te ablandaba un lecho,
se te espigaba un nombre, Pablo, Luis, Margarita,

porque, sin sexo apenas, ya eras cosa de amor.

Meramente posible, como un ángel pensando,
como un limpio proyecto del porvenir certísimo,
que hasta nos estrujábamos para lograr tu ámbito
en una tierra estrecha para tanta alegría.

Hijo, toma este nombre que ella y yo te entregamos;
hijo nuestro, más nuestro que otros después ni nunca,
niño huero, imposible, y aún con eso, realísimo,
coágulo de esperanza, primavera zanjada,
el veintiuno de marzo amaneciendo.
Gladiolo sin abrir, carta inescrita,
temblor nunca sentido, cárcel muda y sin puerta,
agua seca, no hijo, blanca noche, di; ¿Eras?
¿Mucho? ¿Llegaste a estar? ¿Tuviste tiempo, sitio?
¿Cabalgaste este pulso de la vida
que numeramos horas? ¿Circulaba
savia aún no roja dentro de tus redaños?
¿Te meneabas, corazón? Oh, sí, seguro,
mis dedos comprobaron la premura
de tu desasosiego silencioso
con tibia paz de acuario,
salamandrita de mis sangres, Pablo
que te hubieran llamado cuantos viven.

Y esta experiencia desgarradora –una vez más unidos el amor y la muerte- inevitablemente se cruza en la relación de los amantes, como desoladoramente se expresa en “La amada del poeta”, cuando aún no es posible abrirse de nuevo al amor y a la vida.

Madurez de la poesía amorosa: El cadáver del alba.

La tercera entrega poética de Tejada, *El cadáver del alba* (1968) supone ya un momento de madurez en su evolución poética, como señala Luis López Anglada en la nota de solapa: “Con *El cadáver del alba* se afirma y confirma la madurez poética de José Luis Tejada. Superadas sus anteriores preocupaciones formalistas, libre ya, en su dominio idiomático, de toda traba que pudiera limitar su expresión, Tejada nos ofrece sus más íntimos y humanos pensamientos. Los temas que conforman el ser y el futuro del hombre: el amor, la muerte, la vida y, sobre todo, la ligazón con Dios, encuentran cauce propicio para el verso que fluye sin trabas, sonoro y cristalino”.

En una nota situada tras la dedicatoria “A Maruja”, se nos explica el

título del libro: “No otra cosa, sino el cadáver del alba, eso es el día. Como el hombre no es más que el cadáver de un niño, la realidad cadáver del ensueño y la obra –siempre obra muerta- es el cadáver del proyecto”. Pero el proyecto late, paradójicamente vivo, en el cadáver de una obra que arranca con un nuevo sentimiento que matiza y completa la delicada sintonía de matices de la lírica amorosa de Tejada: la gratitud. Y por ello “Reconoce la deuda para con su amada” en un hermoso soneto:

Tengo deudas de ti, te debo tanto
que al verte andar me paso a la otra acera.
Te debo aquella sangre, la primera,
este niño, aquel verso y ese llanto.

La pluma, la palabra con que canto,
la saliva, la tinta, la salsera,
el tierno pan del pecho y la cadera,
el amor, el amor Dios sabe cuánto.

Soy tan de ti, me siento tan contigo
entrampado de amor hasta los huesos
que por ver de pagar me he puesto en venta.

Pregono el verso y vendo cuando digo.
Abierta está la caja de mis besos
y no me quieres tú pasar la cuenta...

Ya se ha superado el negro horizonte de *Razón de ser* y volvemos a encontrar poemas amorosos llenos de ese sentido erótico de la carne exento de culpa, al modo de Darío, del primer Juan Ramón, con acentos de Miguel Hernández o con el impulso metafórico-sensual de Alberti, como en “Canta aquel punto donde nacen los pechos de la amada”:

Aquí donde se rompe tu belleza
en dos orbes suavísimos e iguales,
donde pregona amor con voces tales
que se me yergue la naturaleza,

aquí, donde parece que tropieza
contra tu bulto Dios roto en cristales,
déjame apontocar los tres puntales
del corazón, la mano y la cabeza.

Corazón que se acuerde con el tuyo,
mano perpleja entre una y otra cumbre,
cabeza en tanta pluma derrumbada.

A ver si el pecho rinde en ti su orgullo,
si la mano se pierde en tu costumbre,
si te aprende la frente de almohada.

Sin embargo –venimos insistiendo en ello- el amor que, para José Luis Tejada, se expresa vivo y exultante en la relación erótica, carnal, en la complementación de dos cuerpos que se entregan, está siempre transido por un deseo más alto, por otra sed, por otras ansias que solo la amada es capaz de colmar. Por ello “Dice la misteriosa adecuación entre la amada y su carencia”:

Eres tan grande como mi carencia,
tan importante como mi agonía,
tan nada tuya como toda mía
y tan, como yo culpa, tú inocencia.

Se me ve a tu través, tu transparencia
le otorga resplandores a mi umbría.
Por llenarte de mi, quedas vacía
o plena cundes contra mi indigencia.

Cómo encajas en mí, cómo es mellizo
tu amor gigante de mi amor enano,
misterios son de gracia, que no azares.

Pregúntaselo al mismo Dios que hizo
tu pecho a la medida de mi mano
y tamaña mi sed con tus mares.

El poema realiza con eficacia la correspondencia entre dos ejes: a un lado, el amante, lleno de faltas y vacíos (la gran carencia, la agonía, la culpa, el carácter sombrío, la indigencia, el amor enano, lo azaroso, la sed...); al otro lado, en justa complementariedad, la amada, llena de dones y virtudes (es grande, imponente, inocente, transparente, plena, de amor gigante, llena de gracia, mares plenos donde saciar al amante).

El cadáver del alba, libro misceláneo en el que también tienen cabida –y una vez más– la meditación sobre el tiempo y sobre la muerte, expresa sobre todo –así se llama una sección del libro– “El gozo de estar vivo”, y como la muerte del hijo llenaba de sombras y amargura la vida y la relación con la amada, ahora el nacimiento de la hija (“Un ángel-niña que se entró en mi casa/ y me ha puesto de amor como me ha puesto”) también permite la recuperación de la mujer: “Hoy tengo paz. Había/ olvidado su rostro blanco, inmenso./ Una mujer que vuelve/ a quererme. Que ha vuelto”.

Paréntesis y vuelta de la poética amatoria de Tejada.

Aunque el amor no está ausente de *Prosa española*, libro dedicado “A todos los españoles de buena voluntad” como llamamiento a la reconciliación nacional, se trata de otro amor –un amor por cierto, muy próximo al que por los años de escritura de la obra (1956 a 1966) desplegaba el gran Blas de Otero, que también cruza estas páginas– al país, a España:

Estos versos se quedan solos
pues no halagan rencor ni rabia.

Por un centro vacío van derechos
al corazón dolido de la patria.

De ambos lado silban o tiran,
amenazan o halagan.

Pero ellos, sordos y ciegos
a los miedos y a la esperanza,
van buscando el amor que une,
el olvido que todo lo lava (...)

Amor y olvido... Dos palabras que se cruzan y que establecen curiosas combinaciones: a veces, el olvido del amor; otras, el amor dolido por el olvido... Pero aquí es olvido necesario, como lo es también en la relación cotidiana, en el ejercicio del amor día a día, que exige esa limpieza, esa depuración de rencores, de memorias de agravios que impiden la relación amorosa.

Porque el amor siempre une, es una fuerza sintética, simpatética, es pura sinergia, energía común que se refuerza. Es algo que nos eleva por encima de nosotros mismos, tanto cuando se da en la relación individual de la pareja de amantes, como cuando se proyecta en el espacio colectivo de la vida compartida. Lo contrario, cuando el amor desaparece, surge la confrontación, la destrucción del otro, que en el espacio de la vida pública es guerra y muerte y desgarrón... Aparición de la sombra negra de Caín

que todos llevamos dentro y que sólo puede ser superada desde el amor y en el olvido.

En los versos de *Del río de mi olvido* (1978) y en los del libro póstumo en espléndida edición de Maruja Romero *Cuidemos de este son* (1997), por su profunda conexión con la poesía popular, con la copla flamenca y con otras expresiones vivas de nuestra tradición que Tejada quiso hacer suya y a la que añadió piezas memorables, llamadas a perderse, como anónimas en la memoria del pueblo (que es el mayor homenaje que se puede hacer a un poeta) está también presente el tema amoroso. ¿Y cómo no había de estarlo, tratándose de la expresión próxima a un pueblo tan luminoso y abierto como el andaluz? Ciertamente que los andaluces tenemos ese cruce de sol y sombras, y hasta un cierto sentido radical y trágico de lo amoroso en nuestra tradición. En cualquier caso, la fuerza del amor está presente en el albertiano poema “El rapto”:

Una fragata en la ría
y yo con diez bucaneros,
amor, de piratería.

Llegar a tu puerto un día.
Robarte, y hacerte mía...

¡Levad anclas, compañeros!
Que suenan por la Caleta
voces de carabineros.

Y en el lomo de una duna
tu padre con la escopeta,
solo ya, frente a la luna.

Veamos, a modo de ejemplo, algunas de las coplas más representativas para nuestro propósito, advirtiendo que –a diferencia de la poesía amorosa anterior, en la que existe un claro correlato con la experiencia del poeta- en este caso, los temas amorosos están modulados en la tónica popular, con un gran sentido trágico y de desencanto amoroso:

Y entre toda esta alegría,
sólo una pena sin nombre:
no poder llamarte mía.

*

Calenturitas de muerte
me daban cuando me daban

ganas de verte y no verte.

*

Cada vez te quiero más,
y es que cada vez estoy
más cerca de tu verdad.

*

Descubrí que me querías.
Ni lo entendí al descubrirlo,
ni lo entiendo todavía.

*

Olvidar...
es enterrar con mentiras
lo que una vez fue verdad.

*

Sobre el lomo del agua
lejos del puerto.
¡Qué segura mi barca
contigo dentro!

Yo qué seguro
con tu amor por los mares
de todo el mundo.

El último libro que publicó Tejada en vida se titulaba muy expresivamente *Aprendiz de amante* (1986) y hasta cierto punto fue corolario de muchos de sus temas y preocupaciones, pero ahora poniendo, finalmente, en el centro mismo de la materia poética ese núcleo del amor para el que nunca se está del todo capacitado. Todos somos, mientras vivimos, aprendices de amantes. Y en este aprendizaje –así lo creía Tejada– todo estaba permitido en el amor (y aquí resuena el agustiniano “ama y haz lo que quieras”), desde las coordenadas que ya hemos ido viendo de la complementariedad, el placer que debe transformarse, al ser transcendido, en gozo profundo, la profunda comunidad con la persona amada...

Por ello la poética amorosa de Tejada es profundamente vocativa: nos llama en el amor y al amor, y se articula a través del tú que da carta de naturaleza al yo que se expresa. Una vez más, en este libro se transparentan acontecimientos del trasfondo biográfico del autor, que ahora subraya el paso del tiempo, la proximidad de la muerte, la mayor intimidad y serenidad en la relación con su amada, con quien aprende a envejecer y a aceptar la soledad de la casa que se va quedando vacía al partir los hijos. Así, el amor de dos se convierte también en “Soledad de dos”:

Se nos van y otra vez nos dejan solos.

Bordas la casa mientras yo te escribo;

los hijos, a lo suyo y a lo nuestro
nosotros, huérfanos de hijos.

Charla el teleinvasor inatendido,
envejecemos lenta y quedamente.
La mejor música es ruido
al lado de tus ojos y en mi frente.

Dicen que el tiempo nunca para, pero
yo sospecho que ahora se ha parado
a vernos, pura envidia, ser entero
yo, tú rota por mi. Los dos a un lado.

Al margen de su furia que no es nada
más que miedo y la fe que le prestamos;
por esta vez, mujer, somos y estamos
en paz, contra su rueda encadenada.

Me levanto y apago. Ya no escucho
más que el latir de dentro. Todavía
por un silencio más silencio lucho,
nos queremos y enciendo la alegría.

Llevamos medio mundo malvividos
por afanes ridículos y ajenos,
pero sanseacabó. Que por lo menos
el resto del morir nos coja unidos

Poesía de amor y –cómo no- de dolor, de vida abierta en serena aceptación de la muerte, poesía que pulsa los registros de lo religioso, de lo andaluz y popular –también tras las huellas de los Machado, de Lorca, de Alberti, de las complejidades retóricas del barroco que sólo pueden poner en ejercicio quienes tienen la virtud de la palabra... Tenía razón Tejada en su poema profético “Pueblo futuro”: “Tú, pueblo mío, seguirás creciendo/ sobre mi tumba, hasta rascar los cielos,/ encaramándote a mis huesos.// Entre tus lindes seguirán naciendo/ niñas con alas. Seguirá latiendo,/ tremendo, el turbio amor...” Amor enturbiado por la corriente impura de la vida, pero amor por encima de todo.

Para concluir este recorrido a través de la poesía amorosa de José Luis Tejada, podemos quedarnos con esta siguiiriya gitana:

Sueño yo contigo,
nunca me despierte.
Dormido en tus brazos, me llegue la vida
detrás de la muerte.

Es lo que todos deseamos a José Luis y es lo que debemos hacer también con su palabra poética, mantenerla viva, representada en nuestra conciencia, tras su muerte.

REFERENCIAS

José Luis Tejada: *Para andar conmigo*. Ediciones Rialp, Madrid, 1962.

José Luis Tejada: *Hoy por hoy*. Angel Caffarena, Málaga, 1966.

José Luis Tejada: *Razón de ser*. Cultura Hispánica, Madrid, 1966.

José Luis Tejada: *El cadáver del alba*. Oriens, Madrid, 1968.

José Luis Tejada: *Prosa española*. Conil de la Frontera, Cádiz, 1977.

José Luis Tejada: *Del río de mi olvido*. Fundación de Cultura, El Puerto de Santa María, 1978.

José Luis Tejada: *Poemía*. Servicio de Publicaciones, Universidad de Cádiz, 1985.

José Luis Tejada: *Aprendiz de amante*. Caja de Ahorros, Cádiz, 1986.

José Luis Tejada: *Cuidemos este son (Poesía Flamenca)*. Renacimiento, Sevilla, 1997.

José Luis Tejada: *Lagar fecundo*. Ayuntamiento, El Puerto de Santa María, 2001.

Pérez-Bustamante Mourier, Ana-Sofía (ed.): José-Luis Tejada (1927-1988): *Un poeta andaluz de la generación del Medio Siglo*, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, 2000.